

El cibernético melancólico en la era de la pasión zombie

Pablo E. Chacón

Nació en Mar del Plata en 1960. Publicó tres colecciones de poemas: *El espía*, Ed. Tierra firme, Bs. As. (1997); *El grano del invierno*, Ed. Tierra firme, Bs. As. (1994) y *Calor quieto*, Ed. Tierra firme, Bs. As. (2000). Las investigaciones periódicas *Los convidados de piedra*, Ed. Sudamericana Bs. As. (2001) y *El misterio argentino*, Ed. El Ateneo, Bs. As. (2003). Los ensayos de especulación *Historia universal del insomnio*, Ed. Vergara Bs. As. (2004) y *Los otros*. *Una arqueología de la soledad*, Ed. Edhasa Bs. As. (2006). Las novelas: *Digestión lenta*, Ed. Santiago Arcos (2008); *La insuficiencia*, Ed. Biblos Bs. As. (2011) y *Nudo de piedra* Ed. Letra Viva Bs. As. (2013)
Correo electrónico: pablo.chacon010@gmail.com

En *La melancolía del cibernético* (1) y *Sujetos en la niebla*, (2) el pensador español Fernando Broncano bucea en las narrativas de la identidad que proliferan en el mundo contemporáneo, deteniéndose en las figuras del cibernético y en la del -, la primera de las cuales concentra el nudo de prótesis que arman al sujeto actual, y la segunda lo muestra desnudo, disponible para las fantasías apocalípticas que también se multiplican en la era global. Broncano nació en Linares de Riofrío, Salamanca, en 1954. Es docente en la Universidad Carlos III y en la UNAM de Madrid; también en la Universidad del País Vasco; administra un blog y su especialidad es la filosofía de la ciencia. Los libros fueron publicados por la editorial Herder en la colección que dirige el también pensador Manuel Cruz.

Broncano, como Néstor García Canclini, sospecha que el mundo entero es un lugar extraño, y encuentra en ambos libros un hilo conductor: las dificultades que presenta la respuesta a la pregunta actual por la identidad (que es la pregunta de las minorías), y cómo ésta es más bien un resultado de un largo trabajo de identificación o autoidentificación, que solamente se logra mediante ciertos *andamios*. En *La melancolía...* se concentró fundamentalmente en cierto tipo de artefactos: los objetos que constituyen nuestro medio técnico, que más que herramientas, las piensa como prótesis que extienden nuestras capacidades heredadas. De entre ellos, la escritura y las imágenes obtenidas artificialmente, son claros ejemplos sobre las que se constituye la identidad, que necesitará de una narrativa. Pues los *seres hablantes* habitan dos rea-

lidades, la actual y la posible, y son los artefactos los que permiten constituir esas posibilidades. En *Sujeto...* entonces, se involucra en la constitución narrativa de esas identidades justamente después de que una gran parte de la cultura occidental haya socavado la idea de sujeto como una especie de ojo que mira el teatro de la conciencia y vive como habitante privilegiado de su mundo. Así, desde el psicoanálisis hasta la reciente psicología experimental, sumadas a cierto estructuralismo, este señor piensa que se ha ido disolviendo la presunta autoridad de la primera persona (el *yo sé quién soy* cervantino). Ergo, el libro versa sobre la necesidad de narraciones polifónicas en las que se va desarrollando la respuesta a la pregunta por lo que somos. Para eso -sostiene- resultan imprescindibles las voces en segunda y tercera persona. De otro modo, la identidad no sería más que una variable numérica, como el número de pasaporte o un dossier médico.

Así las cosas, el cibernético es la figura de un ser que no es naturaleza ni cultura sino ambas cosas. Y una de sus formas más importantes es precisamente -en su opinión- la cultura de la atención. El capitalismo global se sostiene hoy sobre un continuo control de la atención: a las mil pantallas que nos rodean, a los medios de comunicación. Se produce con la atención como en las formas anteriores se producía con los cuerpos y más tarde, en la llamada sociedad de consumo, con el empleo productivo del tiempo de ocio. Hoy es la atención la principal fuente de plusvalía, como indica el nombre de las empresas más importantes, todas dedicadas al negocio de la atención. Nuestra mente es, entonces,



ya una mente extendida, en la que los artefactos (pantallas, etcétera) constituyen una parte central en el espacio de la imaginación en la que opera la existencia contemporánea.

En cambio, los *zombies* se han convertido en una figura omnipresente en la cultura de masas más reciente, como lo fueron los cíborgs en los años 80 del siglo pasado (RoboCop, etcétera.). Los *zombies* serían, hipotéticamente, lo que queda de los seres humanos cuando retiramos de ellos la cultura: puro cuerpo deseante sin ningún contenido. Pero lo interesante es por qué se ha extendido viralmente esta figura. Broncano cree que la *corrección política* los medios de masas no se atreven a elaborar discursos abiertos sobre los sujetos que tradicionalmente se consideraban naturalizados: mujeres, indios, negros, salvajes, etcétera, a los que se podría tratar y maltratar como si fuesen puro cuerpo animal. Los *zombies* representan en abstracto todos los seres que son dejados fuera de la cultura y sobre los que se puede ejercer violencia sin problemas y escrúpulos de conciencia. Del mismo modo que el coronel Kurtz, en *El corazón de las tinieblas* escribe en su informe a la compañía *maténlos a todos*, refiriéndose a los salvajes del Congo (Joseph Conrad fue testigo del genocidio que se realizó allí por parte de la compañía colonial belga), el *zombie* ahora es tratado como un objeto de violencia. Pero lo interesante de esta figura es que habla menos de ellos que de los imaginarios post-apocalípticos actuales. Todas las obras sobre *zombies* hablan fundamentalmente de los , que no son otra cosa que meditaciones sobre el estado de nuestra condición actual: lazos rotos, desconfianza, armas, consumo, etcétera.

El español defiende la tesis de que la especie humana es un producto de la cultura técnica de especies anteriores. De esa manera, siempre fuimos cíborgs. Claro que el entorno técnico define actualmente más elementos que en otros tiempos, desde las funciones biológicas, controladas cada vez más mediante técnicas del cuerpo, a las funciones mentales, también controladas. Y, efectivamente, los artefactos de vigilancia son una parte esencial de la sociabilidad actual. Pero no cabe olvidar que las drogas siempre fueron consustanciales a las culturas, y que las religiones (entendidas como artefactos retórico-rituales), configuraron de manera determinante las identidades en las culturas del pasado. Las redes son ahora la respuesta a la creciente urbanización total del mundo, que produce inmensas muchedumbres solitarias que necesitan reconstituir de algún modo los afectos perdidos en la modernización. No son un sucedáneo de afectos,

sino la nueva forma en la que se reconstruyen los vínculos sociales en la cosmópolis contemporánea. Porque aunque parezca lo contrario, las emociones humanas tienen formas culturales y expresiones cambiantes en la historia. Freud trabajó mucho sobre ciertas angustias muy ligadas a la represión sexual de la sociedad burguesa vienesa, y lo mismo cabría decir de casi todas las emociones ligadas a la sensación de alerta y peligro. La angustia contemporánea no está anestesiada sino transformada por las nuevas figuras de la inseguridad. No en vano se ha denominado a las sociedades actuales, *sociedades del riesgo*, para señalar que los miedos que otrora se tuvieron hacia la naturaleza ahora se trasladan, como en la figura de Frankenstein, hacia nuestros propios productos: la técnica, el terrorismo (otra suerte de técnica), etcétera. Si se lee un diario, se observa de inmediato que las noticias se dividen en aquellas destinadas a producir miedo y angustia y en otras destinadas a provocar deseo. Esa es nuestra cultura.

En fin: la historia se escribe siempre a través de vestigios que tienen una existencia material: ruinas, documentos del pasado. Ahora tenemos una infinidad de vestigios desde que apareció la producción y consumo masivos de imágenes y otras formas de grabación de lo real. Nuestras casas se han llenado de álbumes de fotografías, vídeos. Pero pregunta: ¿se ha ganado en capacidad de narrar, de reconstruir relatos con los que identificarnos o más bien todo lo contrario: no perdemos capacidad de análisis del pasado entre la infinidad de documentos y datos que poseemos? De hecho, la forma más extendida de historia popular es el falso documental que ofrece una aparente reconstrucción del pasado en la que probablemente se olvida tanto como se presenta. Broncano tiende a Walter Benjamin: en los restos del pasado, sean edificios o imágenes, ve ruinas que hay que interrogar con cuidado, porque ocultan tanto como muestran. Ocultan, por ejemplo, los sueños de lo que quisimos ser, que eran parte de lo que éramos en el pasado. _____

Notas

(1) Broncano, Fernando: *La melancolía del cíborg*, Ed. Herder Barcelona (2009)

(2) Broncano, F.: *Sujetos en la niebla. Narrativas sobre la identidad*. Ed. Herder Barcelona (2013)

